

BIBLIOTECA

# Todorov

Los enemigos íntimos  
de la democracia



Galaxia Gutenberg

---

Tzvetan Todorov

Los enemigos íntimos  
de la democracia

Traducción de  
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Ennemis intimes de la démocratie*  
Traducción del francés: Noemí Sobregués

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: marzo de 2012  
Primera edición en Biblioteca Todorov: marzo de 2022

© Éditions Robert Laffont / Versilio, 2012  
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2012  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016, 2022

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 3293-2022  
ISBN: 978-84-18218-17-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

## I

# Malestar en la democracia

## LAS PARADOJAS DE LA LIBERTAD

El tema de la libertad irrumpió muy pronto en mi vida. Hasta los veinticuatro años, vivía en un país con un régimen totalitario, la Bulgaria comunista. Es cierto que lo primero de lo que todo el mundo se quejaba a mi alrededor era de la escasez, de la dificultad para conseguir tanto los productos de primera necesidad como los pequeños extras que hacen la vida más agradable, ya sea comida, ropa, productos de aseo o mobiliario. Pero la falta de libertad venía inmediatamente después. Los dirigentes del país, con el apoyo de un sinnúmero de organizaciones y del aparato del partido, la policía y la policía política, a la que llamaban «Seguridad del Estado», controlaban todo tipo de actividades, por profesiones, por barrios, por edades, etc. Vigilaban todos los aspectos de nuestra vida, y el menor desvío respecto de la línea impuesta podía ser denunciado. Evidentemente, eso incluía los ámbitos que podían tener relación con los principios políticos que proclamaban, desde la literatura y las humanidades hasta las instituciones públicas, pero a ellos se añadían aspectos más neutros de la existencia, que en otras circunstancias nos costaría imaginar que puedan adoptar un significado ideológico: elegir dónde vivir y en qué trabajar, incluso cosas aparentemente tan banales como preferir un tipo de ropa u otro. Llevar minifalda o un pantalón demasiado ceñido (o demasiado ancho) era severamente castigado. La primera vez podían llevarte a la comisaría y darte un par de bofetadas, pero en caso de reincidencia podías acabar en un cam-

po de «reeducación» del que nadie tenía garantías de salir vivo.

Según las necesidades de cada uno, se sufría más o menos esta falta de libertad. En aquella época yo era un chico curioso que vivía en la capital. Estudiaba letras. Me preparaba para ejercer una profesión intelectual, la docencia o la escritura. La palabra *libertad* era lícita, por supuesto, incluso se valoraba, pero, como los demás elementos de la propaganda oficial, servía para ocultar –o rellenar– su ausencia. A falta de la cosa en sí, teníamos la palabra. Los que querían participar en la vida pública sin convertirse en esclavos del dogma tenían que poner en práctica una variante de ese «arte de escribir olvidado» del que habla Leo Strauss, la lengua de Esopo. No decir, sino insinuar, un juego sutil del que también se podía acabar siendo víctima. Por lo que a mí respecta, era sensible a la falta de libertad de expresión, que carcomía también lo que la fundamenta, la libertad de pensamiento. Presencí –en silencio– humillaciones públicas de personas cuyo comportamiento consideraban demasiado alejado del modelo impuesto, y esperaba librarme de aquellas sesiones de «crítica» sin traicionar mis ideas.

Durante el último año que pasé en Bulgaria, recién salido de la universidad, daba tímidos pasos en la vida pública escribiendo para periódicos. Me sentía especialmente orgulloso de mí mismo cuando me daba la impresión de que había logrado sortear la omnipresente censura. Con ocasión de una fiesta nacional, un periódico me encargó que escribiera dos páginas. Decidí citar a varios héroes de la resistencia antifascista, ya fallecidos, que habían luchado contra la tiranía, personajes de virtudes indiscutibles. La trampa consistía en fingir que estaba evocando el pasado para hablar del presente y recordar que es preciso luchar por la libertad. Fue además el título que elegí para esas páginas: «¡Por la libertad!». Recuerdo que varias personas leyeron el artículo, se dieron cuenta de que estaba aludiendo al presente y me felicitaron por mi ingenio... Ésas eran las insignificantes victorias de las que en aquella época podía enorgullecerse un jo-

ven autor búlgaro. En cualquier caso, la libertad era para mí el valor más querido.

Doy ahora un salto de cuarenta y ocho años y me sitúo en la Europa actual. Y lo que constato, con una mezcla de perplejidad y de inquietud, es que la palabra *libertad* no siempre está vinculada a actitudes que comparto. Parece que en 2011 el término se ha convertido en el nombre comercial de partidos políticos de extrema derecha, nacionalistas y xenófobos: el Partido de la Libertad, en Holanda, liderado por Geert Wilders; el Partido Austriaco de la Libertad, que dirigía Jörg Haider hasta que murió. La Liga del Norte, de Umberto Bossi, presenta a sus candidatos a las elecciones italianas bajo el nombre de Liga del Pueblo de la Libertad, que se une así al Pueblo de la Libertad de Berlusconi. La avalancha de reacciones antimusulmanas y antiafricanas en Alemania, tras el éxito de un libro de Thilo Sarrazin, llevó a crear un partido inspirado en sus ideas, Die Freiheit (La Libertad), cuyo programa consiste en «luchar contra la rampante islamización de Europa». En Ucrania existe desde 1995 un partido nacionalista llamado Svoboda (Libertad), que milita contra las influencias extranjeras, tanto rusa como occidental, y contra la presencia de extranjeros. Su eslogan es «Ucrania para los ucranianos». Este dudoso empleo de la palabra no es del todo nuevo. A finales del siglo XIX se fundó el órgano de prensa del antisemitismo francés, dirigido por Édouard Drumont, que se llamaba *La Palabra Libre*.

En un primer momento creía que la libertad era uno de los valores fundamentales de la democracia, pero con el tiempo me di cuenta de que determinados usos de la libertad pueden suponer un peligro para la democracia. ¿Será un indicio el hecho de que las amenazas que pesan hoy en día sobre la democracia proceden no de fuera, de los que se presentan abiertamente como sus enemigos, sino de dentro, de ideologías, movimientos y actuaciones que dicen defender sus valores? ¿O incluso un indicio de que los valores en cuestión no siempre son buenos?

## ENEMIGOS EXTERNOS E INTERNOS

El acontecimiento político más importante del siglo xx fue el enfrentamiento entre regímenes democráticos y regímenes totalitarios, en el que los segundos pretendían corregir los defectos de los primeros. Este conflicto, responsable de la Segunda Guerra Mundial, de unos sesenta millones de muertos y de infinitos sufrimientos, concluyó con la victoria de la democracia. Se venció al nazismo en 1945, y el hundimiento del comunismo data de noviembre de 1989, con la caída del muro de Berlín, que simboliza el desenlace. Es inconcebible que en un futuro próximo resurja la amenaza totalitaria. Es cierto que algunos países del mundo siguen reivindicando la ideología comunista, pero ya no nos parecen una amenaza, sino anacronismos que seguramente no sobrevivirán mucho tiempo. La única gran potencia, China, ya no se ajusta al «modelo ideal» de un régimen totalitario. Para los observadores, China es más bien un híbrido barroco de retórica comunista, administración centralizada represiva y economía de mercado que permite, incluso potencia –cosa inconcebible en los tiempos del comunismo soviético y maoísta–, la apertura al mundo exterior y el enriquecimiento de los individuos. Nos cuesta imaginar que en un futuro pudiera producirse una agresión militar china contra las democracias occidentales. El fin de la guerra fría supuso la desaparición de la amenaza comunista.

A principios del siglo xxi, a consecuencia de la acción conjunta de varios politólogos influyentes y del ataque del 11 de septiembre de 2001 contra Estados Unidos, se afirmó que un nuevo enemigo había ocupado el lugar del antiguo, a saber, el islamismo integrista, que llamaba a la guerra santa contra todas las democracias, empezando por Estados Unidos. El hecho de que aviones kamikazes destruyeran las torres gemelas de Nueva York y causaran la muerte de tres mil personas impactó a todo el mundo y puso de manifiesto

un peligro real, pero de ahí a equiparlo con el que suponía el imperio soviético hay un paso que no podemos dar tan tranquilamente. Aunque el integrismo islámico es una fuerza a tener en cuenta en los países de mayoría musulmana, la amenaza que representa su versión internacional (lo que llamamos Al Qaeda) para los países occidentales no tiene nada que ver con la que suponían los países comunistas, ya que lo que exige son intervenciones policiales, no poner en marcha un ejército poderoso. La violencia que encarna recuerda más a la Fracción del Ejército Rojo alemana y a las Brigadas Rojas italianas que al Ejército Rojo de Stalin.

Los atentados terroristas de este tipo han dejado una profunda huella en las sociedades democráticas no tanto por los daños que causaron cuanto por las espectaculares reacciones que suscitaron. Estados Unidos reaccionó a esa hábil provocación como un toro arremetiendo contra el capote que agitan ante sus ojos. Porque ¿qué proporción podemos establecer entre el ataque puntual a las torres de Nueva York y las guerras de Afganistán e Irak, que duran ya años, han provocado cientos de miles de víctimas, han costado miles de millones de dólares y han hecho que se tambaleara por mucho tiempo la reputación (e indirectamente la seguridad) de Estados Unidos en esas zonas? Además, esta política ha infligido daños dentro del propio país, daños que han repercutido en sus aliados europeos, como sucede con la aceptación legal de la tortura, de la discriminación de las minorías y de las restricciones impuestas a las libertades civiles.

El terrorismo islámico (o yihadismo) no es un candidato creíble a ocupar el papel que antaño representaba Moscú. Hoy en día ningún modelo de sociedad no democrática se presenta como rival de la democracia. Todo lo contrario. Vemos que la aspiración a la democracia se pone de manifiesto prácticamente en todos los lugares en los que hasta ahora no existía. Eso no quiere decir que las democracias no deban ya pensar en protegerse con las armas. La población mundial no ha quedado sustituida de repente por una tribu



de ángeles. Sigue habiendo muchas razones para la hostilidad, incluso la agresión, entre pueblos, pero ya no hay un enemigo global, un rival a nivel mundial. En contrapartida, la democracia genera por sí misma fuerzas que la amenazan, y la novedad de nuestro tiempo es que esas fuerzas son superiores a las que la atacan desde fuera. Luchar contra ellas y neutralizarlas resulta mucho más difícil, puesto que también ellas reivindican el espíritu democrático, y por lo tanto parecen legítimas.

Esta situación —el mal que surge del bien— no tiene en sí misma nada de paradójica. Todos conocemos ejemplos. En el siglo XX nos enteramos de que el hombre se convirtió en una amenaza para su propia supervivencia. Gracias a los fulgurantes avances de la ciencia, descubrió algunos secretos de la materia y pudo transformarla. Pero esto quiere también decir que está amenazado por las explosiones nucleares, por el calentamiento del planeta, por el efecto invernadero y por la mutación de las especies, resultado de las manipulaciones genéticas. A diferencia de lo que pensaban nuestros antepasados de los siglos XVIII y XIX, hemos llegado a la convicción de que la ciencia, además de una proveedora de esperanza, puede ser una fuente de peligros para nuestra supervivencia. Lo mismo sucede con las innovaciones tecnológicas, que nos permiten reducir el esfuerzo físico, pero que a menudo empobrecen nuestra vida espiritual. Todo depende del uso que hagamos de ellas.

Nos sentimos orgullosos del principio de igualdad de derechos entre los individuos y entre los pueblos, pero al mismo tiempo somos conscientes de que si todos los habitantes del mundo consumieran la misma cantidad de productos que las poblaciones occidentales, nuestro planeta se quedaría rápidamente sin recursos. Afirmamos alto y claro que todos los seres humanos tienen el mismo derecho a la vida, y por lo tanto nos alegramos de los avances de la medicina preventiva, que reduce la mortalidad infantil, pero sabemos que el aumento ilimitado de la población terrestre sería una catástrofe.

Estas situaciones paradójicas nos resultan muy familiares. La de la democracia engendrando a sus propios enemigos lo es un poco menos.

## LA DEMOCRACIA, ACECHADA POR LA DESMESURA

El régimen democrático se define a partir de una serie de características que se combinan entre sí para formar una entidad compleja, en cuyo seno se limitan y se equilibran mutuamente, ya que, aunque no se oponen frontalmente entre sí, tienen orígenes y finalidades diferentes. Si se rompe el equilibrio, debe saltar la señal de alarma.

En primer lugar, la democracia es, en el sentido etimológico, un régimen en el que el poder pertenece al pueblo. En la práctica, toda la población elige a sus representantes, que de manera soberana establecen las leyes y gobiernan el país durante un espacio de tiempo decidido previamente. A este respecto la democracia se diferencia de las sociedades tradicionales, que dicen someterse a principios heredados de los antepasados, y de las monarquías absolutistas dirigidas por un rey por derecho divino, en las que la sucesión de los dirigentes depende de si se pertenece a determinada familia. En una democracia, el pueblo no equivale a una sustancia «natural». Se diferencia no sólo cuantitativa, sino también cualitativamente tanto de la familia, del clan y de la tribu, donde lo que prima es el vínculo de parentesco, como de toda entidad colectiva definida por la presencia de un rasgo como la raza, la religión o la lengua de origen. Forman parte del pueblo todos los que han nacido en el mismo suelo, a los que se añaden los que han sido aceptados por éstos. En una democracia, al menos teóricamente, todos los ciudadanos tienen los mismos derechos, y todos los habitantes son igualmente dignos.

A las democracias modernas se las llama liberales cuando a este primer principio fundamental se suma un segundo: la libertad de los individuos. El pueblo sigue siendo soberano, cualquier otra opción supondría someterlo a una

fuerza exterior, pero su poder es limitado. Debe detenerse en las fronteras del individuo, que es dueño de sí mismo. Una parte de su vida depende del poder público, pero otra es independiente. La plenitud personal se ha convertido en un objetivo legítimo de la vida de los individuos. Así, no es posible reglamentar la vida en sociedad en nombre de un único principio, ya que el bien de la colectividad no coincide con el del individuo. La relación que se establece entre las dos formas de autonomía, la soberanía del pueblo y la libertad personal, es de mutua limitación: el individuo no debe imponer su voluntad a la comunidad, y ésta no debe inmiscuirse en los asuntos privados de sus ciudadanos.

Las democracias apelan además a determinada concepción de la actividad política, y también en este caso intentan evitar los extremos. Por una parte, a diferencia de las teocracias y de los regímenes totalitarios, no prometen a sus ciudadanos la salvación, ni les imponen el camino a seguir para conseguirla. Su programa no incluye construir el paraíso en la tierra, y se da por sentado que todo orden social es imperfecto. Pero, por otra parte, las democracias tampoco se confunden con los regímenes tradicionalistas y conservadores, que consideran que jamás deben ponerse en cuestión las reglas impuestas por la tradición. Las democracias rechazan las actitudes fatalistas de resignación. Esta posición intermedia permite interpretaciones divergentes, pero podemos decir que toda democracia implica la idea de que es posible mejorar y perfeccionar el orden social gracias a los esfuerzos de la voluntad colectiva. La palabra *progreso* está actualmente bajo sospecha, pero la idea que engloba es inherente al proyecto democrático. Y el resultado está ahí: los habitantes de los países democráticos, aunque a menudo están insatisfechos con sus circunstancias, viven en un mundo más justo que los de los demás países. Las leyes los protegen, gozan de la solidaridad entre miembros de la sociedad, que beneficia a los ancianos, a los enfermos, a los parados y a los pobres, y pueden apelar a los principios de igualdad y de libertad, incluso al espíritu de fraternidad.

La democracia se caracteriza no sólo por cómo se instituye el poder y por la finalidad de su acción, sino también por cómo se ejerce. En este caso la palabra clave es *pluralismo*, ya que se considera que no deben confiarse todos los poderes, por legítimos que sean, a las mismas personas, ni deben concentrarse en las mismas instituciones. Es fundamental que el poder judicial no esté sometido al poder político (en el que se reúnen los poderes ejecutivo y legislativo), sino que pueda juzgar con total independencia. Lo mismo sucede con el poder de los medios de comunicación, el más reciente, que no debe estar al servicio exclusivo del Gobierno, sino mantenerse plural. La economía, que depende de los bienes privados, conserva su autonomía respecto del poder político, que a su vez no se convierte en simple instrumento al servicio de los intereses económicos de algunos magnates. Así, la voluntad del pueblo tropieza con un límite de otro orden: para evitar que sufra los efectos de una emoción pasajera o de una hábil manipulación de la opinión, debe ajustarse a los grandes principios definidos tras una madura reflexión y consignados en la Constitución del país, o simplemente heredados de la sabiduría popular.

Los peligros inherentes a la idea de democracia proceden del hecho de aislar y favorecer exclusivamente uno de sus elementos. Lo que reúne estos diversos peligros es la presencia de cierta desmesura. El pueblo, la libertad y el progreso son elementos constitutivos de la democracia, pero si uno de ellos rompe su vínculo con los demás, escapa a todo intento de limitación y se erige en principio único, esos elementos se convierten en peligros: populismo, ultraliberalismo y mesianismo, los enemigos íntimos de la democracia.

Los antiguos griegos consideraban que el peor defecto de la acción humana era la *hybris*, la desmesura, la voluntad ebria de sí misma, el orgullo de estar convencido de que todo es posible. La virtud política por excelencia era exactamente su contrario: la moderación, la templanza. Uno de los primeros que habló del tema, Heródoto, cuenta en su *Historia* un caso de *hybris* que tuvo consecuencias desastrosas.

Jerjes, rey de los persas, quería hacer la guerra a los atenienses para ampliar todavía más las fronteras de su reino y de su poder. Antes de tomar la decisión definitiva pidió opinión a sus consejeros. Uno de ellos, Artábano, intentó convencerlo de que no entrara en guerra: «La divinidad tiende a abatir todo lo que descuella en demasía. De ahí que, por la misma razón, un numeroso ejército pueda ser aniquilado por otro que cuente con menos efectivos: cuando la divinidad, por la envidia que siente, siembra con sus truenos pánico o desconcierto entre sus filas, dicho ejército, en ese trance, resulta aniquilado de manera ignominiosa, si tenemos en cuenta su número. Y es que la divinidad no permite que nadie, que no sea ella, se vanaglorie». <sup>1</sup> El rey no hizo caso de este sabio consejo, y las consecuencias tanto para él como para su país fueron desastrosas.

Para los antiguos griegos, los dioses castigan el orgullo de las personas que quieren ocupar su lugar y creen que pueden decidirlo todo. Para los cristianos, el hombre carga desde que nace con el pecado original, que limita seriamente sus aspiraciones. Los habitantes de los países democráticos modernos no creen necesariamente en los dioses ni en el pecado original, pero el papel de freno de sus aspiraciones lo desempeña la propia complejidad del tejido social y del régimen democrático, las múltiples exigencias que éste tiene que conciliar y los intereses divergentes que intenta satisfacer. El primer enemigo de la democracia es la simplificación, que reduce lo plural a único y abre así el camino a la desmesura.

Para comentar en este libro las amenazas internas de la democracia, las que proceden de sus elementos constitutivos —progreso, libertad y pueblo—, recurriré a mi experiencia personal. Pasé el primer tercio de mi vida en un país totalitario, y los otros dos en una democracia liberal. Como historiador de las ideas, no he podido evitar ilustrar mi tema recordando algunos episodios del pasado, pero esos comentarios son apresurados y no pretenden sustituir los análisis

---

de otras obras, tanto mías como de otros autores. No es mi intención hacer una exposición exhaustiva. Nada digo de otras amenazas internas para la democracia. Sólo comento los aspectos que me son más cercanos. Debo mucho a varios autores a los que cito en este texto, pero sobre todo a mi amigo François Flahault, filósofo e investigador en ciencias humanas, cuyas palabras y escritos enriquecen mis reflexiones desde hace décadas. Mi objetivo en estas páginas no es proponer remedios o fórmulas magistrales, sino ayudar a entender mejor el tiempo y el espacio en los que vivimos.